



IOANA MARIA STĂNCESCU

PRIMERO LLEGA
EL SILENCIO

Traducción del rumano a cargo de Marian Ochoa de Eribe

IMPEDIMENTA

Estaba sola con Flavia, en un túmulo de tierra en torno a un socavón grande lleno de agua sucia. Una charca en la que peleaban cuatro perros negros. Los conté, por eso sé cuántos eran, y le dije a Flavia: «¡Quédate a mi lado, no los toques, que igual te muerden!». De repente apareció una mujer corriendo, con los brazos abiertos como alas, y se detuvo junto a nosotras. Llevaba un vestido rojo de manga larga y se parecía a mi madre, pero también a la segunda mujer de mi padre. «¡No!», le grité. «¡No te acerques!» La mujer se apartó, se tumbó de espaldas con las manos bajo la cabeza y se puso a contemplar el cielo. El sol no se veía por ninguna parte. Los perros, con miradas huidizas y la lengua fuera, movían las patas desesperados; hacía calor y cantaban los mirlos. Flavia era más pequeña de como la conocía, y su cabello rubio se había vuelto casi blanco, como el de Galadriel, la reina elfa de *El señor de los anillos*. La había cogido en brazos y la acunaba de pie, confiando en que se quedara dormida, como hacía mucho tiempo, en nuestros primeros años juntas, cuando podía darle también a ella algo de mi calma.

Ahora el malestar se ha hinchado entre nosotras como el viento y nos ha arrojado a cada una a una orilla diferente de la misma isla. Anoche habría querido decirle que la quiero, pero aquellas fieras negras y húmedas ladraban y aullaban tan fuerte que no conseguíamos oírnos. Y nadie que nos protegiera. Nadie.

Cuando ha sonado el teléfono, me ha costado levantarme de la cama. Estaba agarrotada y me dolían las caderas por dentro, como si las hubiera tenido separadas toda la noche. Había dejado el móvil cargándose en la mesita donde se acumulan periódicamente toda clase de cachivaches que no me decido a tirar. Es una mesa baja, arrimada a la pared, con la plancha arañada y unas patas arqueadas entre las cuales se abre la boca de un enchufe.

Al teléfono está mi madre. No necesito oírla para saber que es ella. La noto, igual que noto que va a llover. Algo pesado flota en el aire.

—¡Vamos, no me digas que estabas dormida a estas horas!

No se le pasa por la cabeza pedir disculpas, prefiere enfadarse. Las palabras son frías, filos de cuchillo puestos directamente sobre la piel para que no se hinche.

—Te he llamado para recordarte que no se te ocurra lavar hoy, que es fiesta.

Al otro lado de los cristales, la ciudad se despierta lentamente. Un coche calienta el motor en el aparcamiento delante del bloque, los tranvías traquetean en el bulevar, un niño lloriquea, la voz ronca de un hombre enfadado levanta a los gorriones ruidosos del suelo. Detrás de las persianas cerradas como párpados, una luz cruda, de comienzo del día, se cuele con dificultad, trazando una línea en el parqué de madera encerado. Con un hombro apoyado en la pared, cojo de la mesita, al azar, un abanico de plástico barato, con una varilla rota, lo abro y lo cierro sin parar, con una sola mano. No me apetece discutir, me apetece un café.

—¿Qué fiesta dices que es?

La voz de mi madre se anima, señal de que pisa terreno conocido.

—Es domingo, y los domingos no se ensucia el agua.

—De acuerdo, mamá, de acuerdo —respondo hastiada y dejo de nuevo el abanico medio abierto sobre la mesa, junto a un llavero en forma de cocodrilo con el enganche roto.

Desde que ha envejecido, hablamos por teléfono a menudo y nos peleamos siempre. Si paso demasiado tiempo sin oírla es como si se me olvidara comer. Me duele el estómago y lo noto vacío.

—Eso era todo. Perdóname por haberte molestado con mis tonterías —me suelta en un tono incisivo y lanza un suspiro largo con el que bloquea cualquier réplica por mi parte, tal y como en otra época, en el pueblo, bloqueaba la puerta del huerto con un pedrusco para que no me pillara los dedos con el viento.

Suspiro yo también, pero se apresura a colgar, seguramente ofendida porque ha querido hacer el bien y le ha salido mal. «A ti no te cuadra nada», me dice siempre. «Ni a ti tampoco», le digo yo, y entre nosotras empieza a fluir el descontento como un hilo fino, como el agua subterránea enterrada bajo capas de silencio.

En su habitación, Flavia duerme. Crece y duerme. Mientras tanto, me encierro en la cocina y me preparo para el día de fiesta. Paso los dedos por los botones de la lavadora —no tenía sitio para instalarla en el baño— y me dirijo hacia el horno, es ahí donde el domingo, dispuesto en bandejas de asar, en fuentes de pírex, en cazuelas de barro o en forma de bizcocho, el espíritu de familia, crece despacio, a fuego lento, esparciendo su olor a comida rica y amorosa. Luego llega una nueva semana y solo los ancianos y los niños tienen tiempo de reunirse en torno a la mesa y comer despacio.

Me propongo que el tiempo que pase con Flavia sea especial, que esté envuelto en papel de colores, que cruja, que brille y, sobre todo, que quede en su mente como el tiempo más hermoso del mundo, y para eso lo más sencillo es cerrarle la boca con comida rica y que no pueda hablar. De un tiempo a esta parte, las palabras de mi hija son como suelas de botas: se me plantan en el cuello y aprietan, mis huesos crujen, me duele, me duele todo, me quedo sin aire, me zafo y lucho desesperada. Cuando peleo, se me olvida que soy madre y quiero ganar. Luchamos cuerpo a cuerpo y gana la que llora primero.

Espero a que se despierte y le propongo un *brunch* fuera, en el balcón. Llevo dos platos de colores de la vajilla reservada para los invitados, un cuenco con ensalada de tomate, mozzarella y orégano seco y mi tortilla de cebolleta. «¡Qué bien huele!», me dice y, mientras espera a que se enfríe, se levanta y se asoma un poco a la balaustrada para saludar a la señora Șandor, la vecina del cuarto, que ha salido con un chándal raído a pasear a su viejo *beagle*. Hace mucho tiempo yo también tuve un perro. Me lo regaló un compañero de clase que vivía a unas calles de nosotros y al que siempre dejaba que me copiara los deberes. Había parido su perra y me trajo un cachorro. Llamó a la puerta —aquella mañana todo el barrio dormitaba bajo un manto de nieve recién caída—, el chico tenía las manos enrojecidas por el frío y el perrito escondido en un gorro de lana con pompón. Cuando mi madre lo vio, se llevó las manos a la cabeza, cogió un trapo, lo extendió en el fondo de una caja y se dirigió con caja y todo al cuarto de baño. «No vaya a mearme las alfombras», dijo, y al instante levantó el teléfono colocado en un taburete alto bajo el espejo de la entrada. «Voy a llamar a la tía Flori, que está lo bastante loca como para montarse en el coche y venir desde Brașov a buscarlo.» «¿Y desde cuándo tiene coche Flori?», preguntó mi padre desde la cocina. «No es suyo», se apresuró a contestar mi madre, enfurruñada. «Ahora no es el momento de contártelo.»

Entretanto yo lloraba mientras la seguía por toda la casa. Prometo bajar la basura todos los días, decía, quitarle el polvo incluso a la vitrina, sacar solo dieces. Pero ella se había puesto ya a buscar en la agenda, se humedecía con la lengua la punta del índice y pasaba así, con el dedo lleno de saliva, los nombres apuntados en orden alfabético. Entonces le grité «eres mala», y ella le gritó a mi padre, que estaba en el sofá con los codos apoyados en las rodillas, viendo la televisión, acababa de salir el Rapid al césped: «Sorin, ¿estás oyendo lo que me dice tu hija? ¿Qué haces? ¿No dices nada?». Y mi padre no dijo nada. Solo en un determinado momento, mientras estaba yo de rodillas en el suelo del baño, acariciando al perrito, le oí gritar «¡gooooool!». Luego silencio. Y otra vez la voz de mi madre.

*

Vivimos en una casa pequeña. Yo, Flavia y el miedo. No tenemos hombres. Todos se han ido. Uno a uno, nos hemos despojado de ellos como si fueran ropa de invierno en plena canícula. Nos hemos librado de ellos. Nosotras, las mujeres de nuestra familia. «¡A partir de ahora él duerme tranquilo en el otro mundo y yo en mi cama!», dijo mi abuela. La madre de mi madre. Ella fue la primera de la familia en desnudarse. Victoria se llamaba. Casada con Marin. Moreno, cojo de una pierna, de cara chupada y mano larga. Murió una noche junto a las vías del tren. Había saltado o se había caído del tren, nadie lo sabe. Cuando lo encontraron,apestaba a vino picado y tenía el pelo empapado de sangre. Nadie pudo decir qué hacía él en el tren a aquella hora. Aunque todo el mundo lo sospechaba. «Tendrá alguna querida, de lo contrario no habría andado por ahí», murmuraba la gente. La abuela fingía que no le importaba.

«¡Que descanse en paz!», decía enojada y elevaba los ojos al cielo, allí donde pensaba ella que sucedían todas las cosas.

Luego le llegó a mi madre el turno de despojarse de mi padre. Mi padre tenía unas manos delicadas, de pianista. Por eso lo eligió ella. Por las manos. Y por las piernas, que las tuviera iguales, para que la gente no la llamara Nina la del Cojo, «como me gritaban los críos por las callejuelas», me cuenta y se pasa la mano abierta por la cara para quitarse los restos de vete a saber qué. Un buen día, mi padre bajó corriendo las escaleras y se marchó. Llevaba una chaqueta de invierno, una gorra de piel con las orejeras atadas en la coronilla y una maleta. Parecía desgraciado. Seguramente siempre lo había sido, pero en ese momento se le notaba más.

Yo me divorcié de Vlad unos años después de casarnos. Lo conocí en la calle Ciurea, en pleno mediodía. Había salido del Mega con una bolsa de naranjas enorme que cedió al entrar en el parquecito que da al callejón. Liberadas, las frutas echaron a rodar cuesta abajo y se detuvieron en el reguero. Vi cómo se acercaba corriendo, con el sol de espaldas; era alto, tenía unas manos bonitas, me gustaba sentir las en mi cuerpo, aunque la mayoría de las veces tenía que decirle yo dónde ponerlas. «¿Y vosotros no vais a tener hijos de una vez por todas, para que me dé tiempo a mí de disfrutar de ellos?», nos presionaba mi madre. Ya tendremos, ya tendremos, respondía yo en mi cabeza, ahí donde la felicidad de mi madre es más importante que todas las felicidades del mundo y forma olas de dos metros. En realidad, sin embargo, le grité con toda mi alma: «¿Por qué no dejas de meterte en mi vida? ¿No te has parado a pensar que quizá no me gusten los niños?».

Aquel día hice llorar a mi madre, y por la noche le dije a Vlad que quería tener un hijo; él me sonrió y se bajó los calzoncillos. Cuando descubrí que estaba embarazada, también yo lloré. Probablemente de alegría, aunque no sabría decir con seguridad por qué. Pero lloré. Y escribí en Facebook, con letras grandes, sobre un fondo rosa, de niña: «Dora + Vlad =

¡Sorpresa!». *Like, like, like* y todo eso. En Facebook es siempre verano y la gente parece estar en la playa, con la mirada clavada en la infinita extensión de agua. Y el agua está tranquila, no hay olas.

*

Me he quedado sin cigarrillos, así que tendré que salir de casa.

—¿Vas a tardar? —me pregunta Flavia.

—No tengo ni idea —le respondo, y cierro la puerta con dos vueltas de llave.

Seguramente está deseando que me vaya, perderme de vista para poder ponerse esas botas pesadas, perfectas para dar patadas cuando tiene miedo, y quedarse por fin sola, con las piernas al aire y la música a tope.

Cuando salgo a la calle, decido dar una vuelta por el barrio, no precisamente alrededor de nuestra manzana, donde no hay nada que ver, sino un poco más allá, hacia el estadio, por donde paseaba yo hace mucho tiempo con los ojos clavados en el cochecito. Llevo un vestido amarillo de mangas tres cuartos y me hago un selfi en la entrada del parque. No pasan ni quince minutos y me encuentro con dos solicitudes de amistad, una tras otra: son dos soldados de la OTAN. Los nuestros ni se inmutan.

Recuerdo que los primeros meses tras dar a luz cogía el cochecito y paseaba por las callejuelas, al principio con los ojos clavados en la niña dormida, pendiente de sus despertares, de sus sonrisas, de su mirada pálida y somnolienta; más adelante, a medida que empezamos a acostumbrarnos la una a la otra, mi mirada se dirigía a las filas de casas idénticas, de una planta y paredes gruesas, adosadas, algunas con gatos aletargados en el umbral, otras con sus cerezos y sus frondosos macizos de hortensias, y todas ellas con unos cuantos metros cuadrados

de hierba, para tener adónde salir a tomar un poco de aire o a fumar un cigarrillo.

Cuanto más me adentro en el barrio, dejando el parque a la derecha en dirección a la calle principal, la de los trolebuses, que divide en dos esta parte de la ciudad, más me parece que la incursión no tiene lugar en el espacio, sino en el tiempo. Cuando Flavia era muy pequeña, este laberinto de callejuelas se convirtió en mi mundo. El único en el que caminaba como una reina.

Ahora ha pasado ya el mediodía, el sol ha ganado fuerza y la luz se refleja de manera desigual en las aceras, dibujando círculos. Tal y como lo percibo, desierto y caldeado por la primavera, el barrio se abre como una naranja en callejones, plazas y jardines cuyos recuerdos se desbordan casi con furia. De repente, todos los años que creía perdidos, esos sobre los cuales hablaba con mi madre y le decía «He parpadeado un par de veces y no sé dónde se han ido», están ahí mismo, ante mis ojos.

A medida que avanzo, las imágenes parecen elevarse del suelo y llenar las calles con la risa de Flavia, o con el traqueteo del patinete o el ruido de las ruedas del cochecito de muñecas, sin el cual se negaba a salir de casa.

A medida que los niños crecen, las calles por las que camina la madre deberían ser también cada vez más numerosas y más anchas, para que quepan los nuevos recuerdos, para que se posen como la nieve sobre los otros, los primeros, cuando nada de alrededor tenía importancia y la vida misma aguantaba la respiración para no despertar a la niña en el cochecito.

Llego al Mega, las puertas se abren con un ruido como de válvula, en la caja está Geta, la vecina pelirroja y pechugona, le sonrío, me sonrío, le doy el dinero, «un paquete de Kent», digo, me da el paquete, me da las vueltas. «¡Qué vestido tan bonito!», dice. «¡Bueno, lo tengo desde hace un siglo!», respondo, me acuerdo de los dos soldados y, con ellos en la cabeza,

salgo de la tienda, busco el mechero y enciendo un cigarrillo. El humo se me sube a la cabeza, algo se apacigua ahí dentro y me duele menos. Ni siquiera yo sé decir qué duele, solo sé que pesa, como una bolsa con las asas rotas que tengo que acarrear conmigo. Un arsenal de lucha, eso es lo que parece.

Regreso a casa. Por el camino, dos arbustos de forsitia, un gato sucio, una mujer con un manojo de ajo silvestre, tres coches, uno con el parabrisas resquebrajado, otro bloque, una valla recién pintada sobre la que aletea torpemente una urraca. Me sacudo como si alejara un mal pensamiento. No me gustan los pájaros, no me gusta su mirada enloquecida, oblicua, sus ojos brillantes a los lados de la cabeza, me dan miedo el pico y las garras concebidas para atrapar, para arrancar, para desgarrar, para herir. Cuando pienso en pájaros, veo sangre. Termino el cigarro. Fumo demasiado. Si consiguiera dejarlo, seguramente me sentiría mejor, más orgullosa de mí, pero también más sola. La soledad tiene un sabor acre, a vómito, y huele a pescado.

Estábamos en abril, Mircea me había abandonado y mi madre había comprado huevas. Yo la miraba, estaba plantada ante el frigorífico abierto y sonreía como si contemplara un armario lleno de vestidos. La llamaba en mi cabeza, sin voz, y confiaba en que el hilo invisible que une a las hijas y las madres comenzara a vibrar también dentro de ella, que se volviera hacia mí, dispuesta a abrazarme, a acariciarme y a decirme que todo pasa. Gritaba en silencio, mordiéndome los labios y retorciéndome los dedos, mientras ella colocaba las compras en su sitio y hacía planes para la cena. Habría querido gritarle que sentía un vacío y que el vacío quemaba y me dolía, pero mi madre no creía en esa clase de dolores. «Si te duele, tómate un paracetamol», solía decir. Aquel día cerré la puerta de la cocina al salir, fui al cuarto de baño y me tomé una caja entera. Tenía ya dieciocho años, así que la ambulancia me llevó a un hospital para adultos. La primera noche lloré y vomité sin parar.

Enciendo otro cigarrillo. Me aferro a él como a una promesa. Todo irá bien. Mientras doy una calada, pienso que las cosas no pueden seguir así, sin más, sin que suceda nada verdaderamente importante. No se puede vivir una vida en la que no ocurra nada que merezca ser contado. Bueno, se puede, pero ¿quién querría una vida así? Por eso nos abrimos cuentas en las redes sociales. Cuando escribimos sobre nosotros, las cosas parecen ir mejor. Incluso las cosas malas parecen buenas.

No tengo ni idea de cómo ha podido apañárselas mi madre sin internet. Tenía vecinas y, en esa época, la felicidad escaseaba, no importaba demasiado. Importaba otra cosa: la comida. Mi madre hacía la ronda por el edificio para conseguir una taza de azúcar o de aceite y aprovechaba para vaciar su saco de mierda por ahí, en las cocinas de los demás. Mientras ella estaba con las vecinas, mi padre dormitaba en el sofá. Cuando me casé, mi madre me regaló el sofá. Ella se compró uno nuevo. «Uno pequeñito, verde, que me deje sitio para pasar.» No tenía ni idea de que le gustara el verde.

Siempre que habla de sí misma, mi madre habla en pasado. La ella de ahora o la ella del futuro no existen. Mi madre fue *ella* solo antes de ser madre y abuela. Se pasa las tardes en el sofá nuevo, con los ojos clavados en el televisor. En la pandemia le regalé una suscripción a Netflix por su cumpleaños. «¿Qué quieres que te compre?», le pregunté. «Lo que tú quieras», me respondió aburrída.

Se pasa las horas muertas viendo películas y me cuenta que se imagina que las vemos juntas. «Ven a visitarme más a menudo», me pide. Cuando subo las escaleras de su edificio, veo a mi padre bajándolas a toda prisa, con mi madre corriendo tras él en bata y zapatillas. Se lo conté, pero ella sacudió la mano, hastiada, y me dijo que no tiene sentido desenterrar a los muertos. Pero mi padre no está muerto. Solo nos abandonó y volvió a casarse con Loredana, a la que llaman Lori.